



Por _____

Joaquín Díaz Garcés

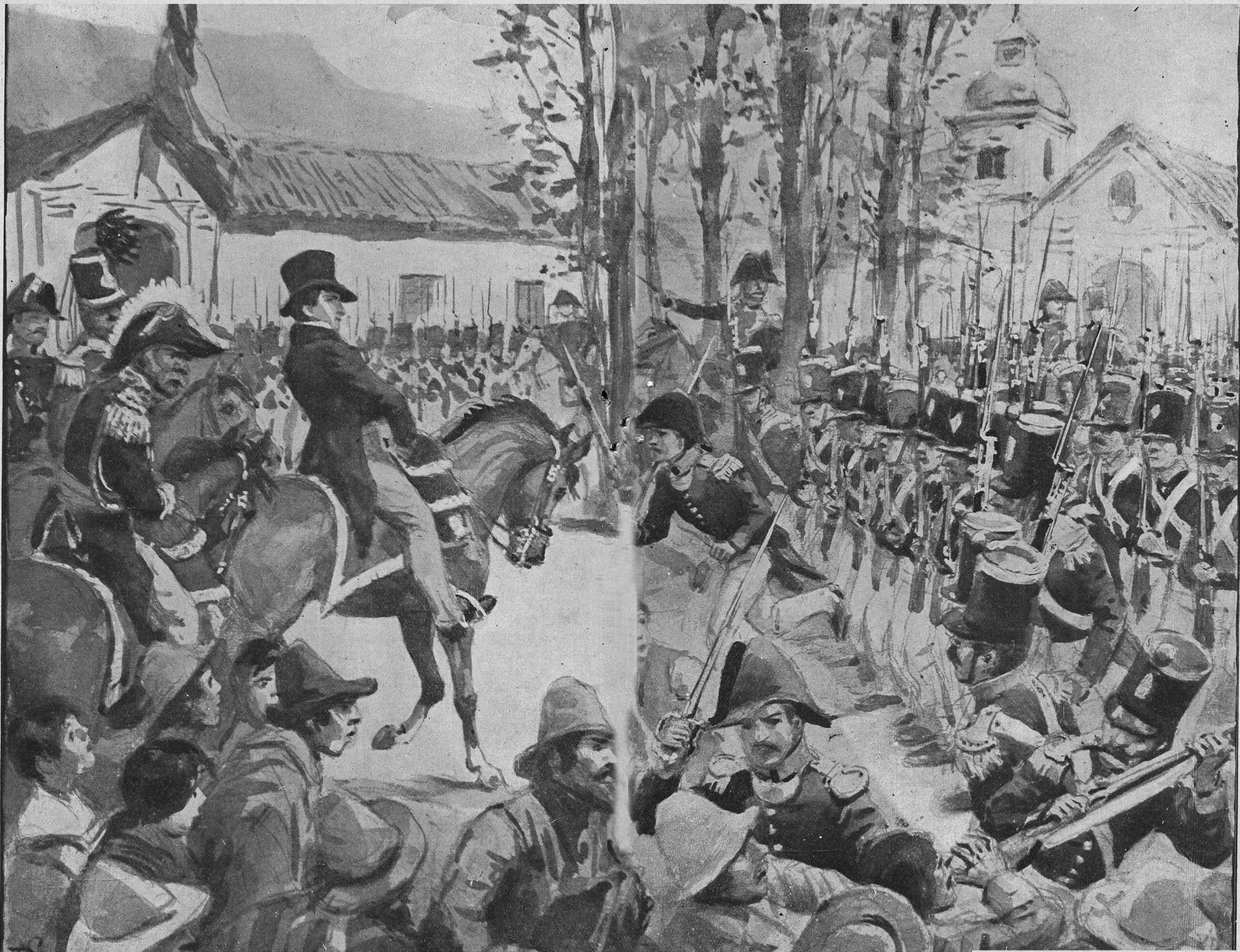
Ilustraciones de Pedro Subercaseaux

¡Tarde de Junio, año de 1837, vida de Quillota, casa antigua y solariega! Silencio, tibieza en la atmósfera, obscuridad en las calles, cena abundante en la mesa de familia. Había callado ya su voz plañidera la campana de la parroquia y el *angelus*, rezado a cabeza descubierta en la plaza, en el interior de las arboledas, en el campo vecino, dejaba todavía flotante esa melancólica y vaga impresión que el sentimiento religioso ha comunicado al lánguido fin de la jornada del trabajo. Uno que otro mugido recordaba la feraz y cultivada hacienda que ceñía los bajos techos de la aldea naciente en una cintura de limoneros, chirimoyos y huertas de pobres. Por los postigos mal ajustados, al través de la forjada reja cóncava, escapaba hacia afuera un rayo de luz en cada casa, y se difundía el aroma del cordero asado sobre los tizones, del substancioso caldo servido en el gran *posillo* de loza pintada y del pescado en fuente de barro, lista obligada de las buenas cocinas quillotanas. No eran dadas todavía

las siete y la claridad crepuscular había desaparecido por completo.

De tarde en tarde, sonaban en la calle los pasos de algún caballo con el peculiar tintineo del freno, de los anillos de la chicotera al chocar sobre las guarniciones de metal de la silla y de las enormes espuelas del jinete que lo guiaba. Los vecinos suspendían el ruido de platos y cubiertos para escuchar, porque eran curiosos y vivían de este pasaje de criados, mandaderos y correos que llegaban por la calle principal, o antiguo camino público, hasta la plaza; pero luego, hecho de nuevo el silencio, volvían a engullir las deliciosas golosinas expuestas sobre la mesa. La misma interrupción se producía poco después en el gran concierto de los sapos en el estero, pues el jinete llegaba hasta allí para cruzarlo y se callaban atemorizados para volver después a recomenzar por secciones y pronto por toda la banda.

En casa de la señora Torreblanca, viuda de un héroe de la Independencia, el



capitán Marín, patriota como lo eran entonces las mujeres, más apasionadas y sentimentales que hoy, porque se habían criado entre soldados y revoluciones, comían además de su familia el coronel Vidaurre y el cura, que había llegado dando las últimas "mascadas a su asado", como lo decía cada noche, para no perder la tertulia y tomar asiento en la mesa de malilla. Estaba ya para terminar la cena, cuando alguien dió la consabida voz de alarma, el ¡*chit!* reglamentario, para escuchar algo que parecía venir de lejos. Era un canto de hombre.—"¡Son los cazadores!"—dijo Vidaurre y volvió a seguir su curso la conversación. Momentos más tarde, nuevo silencio: esta vez se habría dicho que allá del otro lado del estero, venía un rumor confuso de galope. La conversación volvió poco a poco; pero de nuevo se callaron todos y el cura fué hacia la ventana.—¿Oyen ustedes?—¿Qué hay?—exclamaron todos.

Resonaba a lo lejos, por el camino, ruido de cabalgata, y parecía que con ella rodaba aceleradamente un coche. Mientras corrían todos a la puerta y de cada casa salían los vecinos a ver qué era tal algazara, se escuchó ya muy cerca, a doscientos pasos, un rumor de caballería, de sables, y, en medio del polvo, pasó como un celaje, un birlocho con un oficial galopando a caballo y un grupo de soldados a la escolta. Mientras muchos se preguntaban qué ocurría, alguno del pueblo, más pronto, gritó a plenos pulmones. ¡Viva don Diego Portales! ¡Abajo Santa Cruz! Era el año 37, en efecto!

Vidaurre corrió al interior a buscar su kepí, ceñirse el cinturón y el sable. La patrulla se detenía entre tanto en el ángulo de la plaza, en casa del gobernador Morán. Saltaron del birlocho dos caballeros embozados en sus capas y penetraron al interior. Y, mientras la puerta se cerraba, el coche vacío y la escolta se retiraban lentamente hacia la plaza, donde a la puerta del cuartel un grupo de oficiales que fumaba en torno de una gran fogata, se adelantaba a investigar qué cosa ocurría.

Cuando la señora Bernarda volvía a sentarse a la mesa, se notó que el coronel había partido.—Ha ido a saludar al señor Ministro.—Pálido iba...—agregó el cura—y si alguien entendió, nadie hizo la

menor alusión. Sin embargo, parecía que aún sonaba el galope...

Era el hombre omnipotente de Chile, el Ministro popular, el organizador de la guerra, el recién llegado a Quillota, que había partido a las once de la mañana de Valparaíso para revistar las tropas de la expedición.

La cena terminó con el *benedicite*. Se santiguaron todos y la Carmen, la menor de las hijas de doña Bernarda, que vivía a su lado, muchacha hermosísima de veintidós años ya, se levantó ruidosamente, golpeó sus manos e imitó el grito callejero: ¡Viva don Diego Portales!—Te digo madre, que es el mismo—agregó—haciendo un mohín que hasta el señor cura encontró precioso.—¿Qué ha de ser! Y aunque lo fuera!—Natural; aunque lo fuera...! Pero lo que yo digo es sólo esto, entiéndalo su merced: es-el-mis-moooo!

—¿No sabes tú, Merceditas, que don Diego estuvo enamorado de mí? Oye; aquí lo niegan todos. Pero mañana voy a dar la prueba. Hacen siete años justos... tenía yo quince apenas y decían que parecía ya una mujercita. Había leído unos versos de amor en que figuraba una pastora y un príncipe. El príncipe era pálido, de ojos azules, pensativo; la pastora era de colores vivos, alegre, cantora! Yo pasaba las tardes suspirando. Era la edad de los suspiros...

—Y aún suspiras—interrumpió doña Bernarda.

—Ahora suspiro cuando me acuerdo; pero antes suspiraba porque sí y a todas horas. Era un día. ¡Señor cura! No me ponga usted orejas con la esciavina, porque es cierto que lo he contado; pero Merceditas no lo sabe... Era una mañana y llegó aquí el señor Alsina de Santiago y presentó a mi madre a un joven del puerto con el cual venía. Señora madre habló con Alsina y como era cerca la hora del almuerzo, lo invitó con su amigo. El caballero y el joven se quedaron pues. El era lampiño, flaco, de ojos claros, pero con tanta luz; de labios muy finos, de frente grande, así despejada, como llena de cosas y de ideas. En la mesa me miraba y cada mirada me hacía temblar. Yo bien sabía que ni él era el príncipe ni yo la pastora; pero me embelesaba soñando en que si lo hubiéramos sido nos habrían salido en verso las cosas de amor... Después del almuerzo,

mientras mi madre hablaba con Alsina de la hacienda, yo me puse a andar y el joven me seguía. Me preguntó por mi vida, por mis gustos. Me contó la suya y reímos mucho. De repente se puso serio y me dijo: "Señorita Carmen. Usted es una niña y yo un hombre. No podré olvidar nunca su alma tan sincera. Como el marinero que pasa embarcado y ve en la orilla una casa blanca y una sombra de árboles y dice: "si desembarco un día iré a descansar en ese rincón", yo le digo a usted que si mis negocios me dan tregua y puedo un día bajar a tierra, vendré a pedirle que me diga si he llegado a interesarle y si puedo ser su compañero en la vida." Cuando se despidieron él no dijo su nombre; y Alsina, según dijo mi madre, volvió a repetirle que era un amigo suyo y un caballero distinguido. Más tarde, a la oración, uno de los mozos de Alsina volvió con un ramo de rosas. Cuando lo abrí encontré entre las flores un papel que traía unos versos. ¿Quiéres conocer una estrofa?

Las bellas flores que su aroma exhalan
Con sus matices causan mis enojos;
No me divierten, porque no se igualan,
Bella, a tus ojos! (1).

Nunca más supe de él. Pero un día un señor Cereceda que me conoció en Valparaíso, se quedó repitiendo mi nombre: ¡Carmen Marín! ¡Carmen Marín! ¿Dónde he oído, Dios mío, este nombre? ¡Zás! Ya me acuerdo. ¡Don Diego! Y no dijo más. Yo me enrojecí y cuando estuve sola lloré. Porque sí; me dejó un recuerdo. Ahora ya no me importa nada el don Diego; pero yo digo, porque no puede ser otro, que el Ministro Portales fué mi primer amor...

—¡Cosas de niña indiscreta!—dijo doña Bernarda, mientras daban las cartas.

El toque de silencio resonó sobre Quillota. La breve retreta en la puerta del cuartel, repitiendo un acorde sonoro y grave, quedó vibrando en la noche.

Media hora más tarde entraba Vidaurre a la casa y marchaba resueltamente a su habitación. Seguía la de doña Bernarda y más allá la de Carmen. Oyóse un tiempo el rezo coreado del rosario, en medio del cual se destacaba la voz plateada de Carmen y los gangosos *amén* de la servidumbre.

El coronel-conspirador se había arrojado semi-vestido sobre la cama. Sus impresiones del día y de la noche hacían desfilarse una violenta cabalgata de figuras. Su corazón latía con violencia. Perteneía a una época

en que, frescos en el mundo los recuerdos de Bonaparte, general y emperador, echaban raíces en América, al amparo de la desorganización de los gobiernos. Había sido militar para jugar su vida en las batallas y para mezclarse ardorosamente en la lucha civil por una constitución o un ideal democrático. A su lado su padre, su madre, sus hermanos, sus compañeros de armas, hablaban del gobierno. No se conocía todavía medio alguno de efectuar reformas o de llevar ideas de progreso al poder, que el uso de las armas. Todo capitán llevaba su ideal político encarnado en un coronel o general; todo coronel o general, en una revolución. Vidaurre había respirado ese aire a plenos pulmones. No comprendía bien al gobernante que no llevara una espada al cinturón y un regimiento a sus órdenes. Los civiles podían redactar las leyes y pronunciar los discursos; pero *el mando* era propio del militar. "Parece mentira—decía en ese tiempo un oficial al ver a Portales paseándose a la orilla del mar en Valparaíso,—que ese hombre que va allá sea obedecido en todo Chile, cuando yo solo podría ahogarlo como a un gato".

Vidaurre no podía conciliar el sueño. Los dados estaban tirados ya; la conspiración del cuerpo expedicionario era conocida de muchos. ¿Sabía algo el Ministro? ¿A qué venía a Quillota? Y el coronel recordaba lo que meses antes le había dicho Portales:—Me dicen coronel— que usted me va a hacer una revolución!—Será el señor Ministro el primero en saberlo—había contestado el conspirador.

En esos momentos angustiosos en que el hombre se fatiga de traicionar y de mentir, Vidaurre había sentido la necesidad de un altercado violento con el Ministro, de una injuria salida de sus labios, de una injusticia, de un acto cualquiera que justificara su rebeldía. Pero el Ministro le había dicho al despedirlo en la puerta de la casa del gobernador:

—Coronel, le he traído una gorra y una espada, aunque no tan buenas como yo desearía.

En la pieza del lado terminaron los *avemarías* y muy pronto la voz de Carmen rompió la calma del jardín con un canto de amor tarareado a media voz. Era una de esas *tonadas* chilenas compuestas en la soledad del campo a la cual España comunica algo de su música; pero Chile pone la tristeza de sus montañas.

(1) Versos de D. Diego Portales.

Allí estaban cerca, la muchacha que veía en el Ministro un grato y sentimental ensueño de su vida; y el conspirador que sentía su mano al cuello sofocado por las dudas y los remordimientos.

Y así transcurrió la noche serena de Quillota precursora de tristes días. Los sapos hacían venir desde el estero el rumor enervante de su serenata sin fin. La niña dormía sonriente. El conspirador velaba atormentado.

* *

Desde el amanecer, el Maipú había salido a la plaza a hacer ejercicios por compañías. Difundida la noticia de la llegada del Ministro al pueblo, habían acudido muchos hacendados del vecindario con sus hijos y sirvientes. En los cuatro ángulos de la plaza se acumulaban para observar a los soldados y atisbar el momento en que don Diego Portales saliera de su alojamiento. Circulaban también, desde hacia cerca de un mes, rumores siniestros sobre una revolución y sobre el próximo asesinato del Ministro de la Guerra. Muchos repetían que la expedición al Perú no llegaría a salir de Valparaíso y que don Diego no volvería a Santiago después de ese viaje. En el camino, el Ministro había encontrado a más de uno de sus amigos y a mensajeros con cartas de otros en que le contaban todos estos tristes vaticinios, recomendándole precaverse. Pero los rumores vagos y contradictorios se basaban en la defección de Vidaurre, cosa muy difícil de admitir para la leal y franca naturaleza de su jefe y amigo. La mayor parte de los vecinos que llegaban a Quillota no sabían nada preciso; pero encontraban imprudente la venida del Ministro. Algo flotaba en la atmósfera. La oficialidad era joven y disoluta. Confidencias hechas a una mujer bajo la influencia del alcohol, habían llegado por boca de los capataces a los dueños de hacienda.

Don Pedro Mena había preguntado pocos días antes a la viuda Torreblanca:—“¿Cómo duerme Vidaurre? ¿No tiene pesadillas?” Doña Bernarda le pidió más explicaciones; pero él cambió de conversación. El gobernador le había hecho notar que el coronel enflaquecía a la simple vista y era notable su semblante demacrado. La misma viuda, su tía, oía algo inquietante, un run-run que crecía y bajaba, volvía a crecer y quedaba siempre en un diapason más alto. Pero ella tenía miedo de investigar. Anti-

gua o'higginista, miraba con celos la autoridad de Portales y hasta con antipatía el hecho de que no le hubiera suspendido su destierro; pero era su partidaria decidida.

Durante dos horas los soldados del Maipú, jóvenes vigorosos, la mayor parte mestizos y uno que otro mulato, mal equipados y vestidos, con aspecto de reclutas, hicieron evoluciones en torno de la plaza. Por las calles vecinas cruzaban las carretas con toldo curvo, como se hacían entonces, los arrieros de largo bonete maulino y los piños de ganado en la ordinaria faena agrícola de esa feraz región. El tambor batía incesantemente llevando el compás de la marcha. Los oficiales corrían a detener los movimientos mal comenzados. Era el ordinario trabajo de la instrucción de los reclutas.

—No podría creerse que estos soldados han de ir pronto a la guerra—dijo un caballero que contemplaba en lujosa montura y rebuscados arreos campesinos, el cuadro de la plaza, a su vecino.

—¿Y si no van a la guerra?...

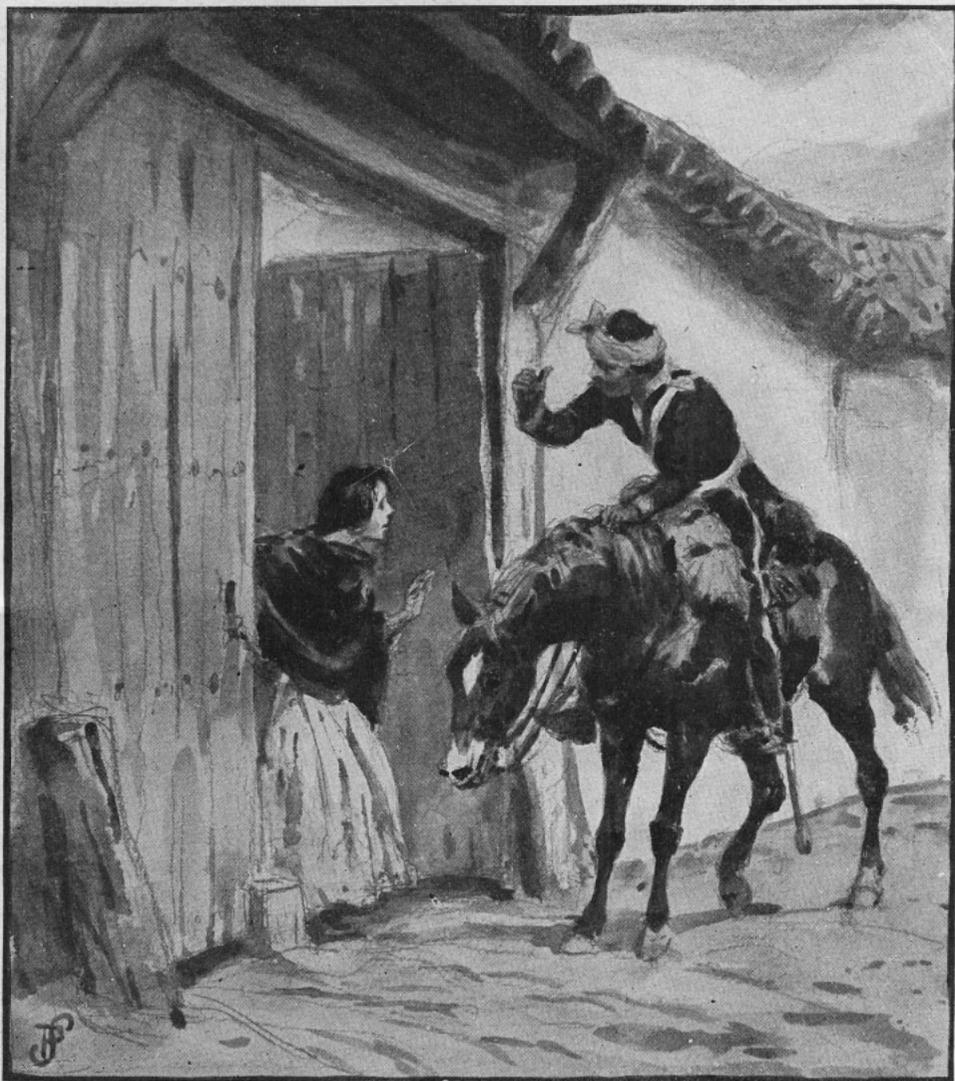
—Menos podría creerse que estuvieran pensando en derrocar al Gobierno.

—Basta que lo sepa el coronel. Pueden no estar en el secreto los oficiales y menos los soldados.

—Todo puede ser.

Las alarmas eran vagas. No había punto alguno sobre el cual descansar suposiciones fundadas. El rumor salía de las chinganas, eran ciertamente confidencias de noches de desorden. Una mujer, querida de un capitán, había dicho a otra: “Cuando mi hombre sea coronel, porque no pasarán veinte días...” Y era todo. Otra había asegurado, bajo secreto, que no habría expedición al Perú. De allí el sirviente, el arriero, el gañán, la mestiza, llevaban estos rumores a la casa, donde se traducían al lenguaje de las circunstancias. No habría expedición, con el asesinato de Portales, pues el Ministro la impulsaba con todo el fuego de su alma y la convicción tenaz de su mente.

Cuando ya comenzaba a quemar el sol y en la parroquia tocaban para la misa del sota-cura, el Ministro, que había terminado su correspondencia, salió a la puerta y desde allí con Necochea y el gobernador comenzó a observar la tropa. Algunos jinetes que estaban cerca se descubrieron respetuosamente. Dos o tres se desmontaron y acudieron solícitos a saludarlo. Era don Diego, a la fecha, hombre de cuarenta y



Se detuvo en la puerta de la casa del Gobernador

cuatro años, delgado, más bien alto, de ademanes francos, de armonioso y desenvuelto andar. Caballero español, era cortés y obsequioso con ricos y pobres, galante con las mujeres. Aún a su edad, después de las preocupaciones de los negocios, conservaba una sonrisa infantil en sus labios bien dibujados. Esta sonrisa estaba grabada en el alma de Carmen Marín y parece que la misma era inolvidable para sus enemigos porque las comisuras de su boca dibujaban la más fría e irónica mueca. No tenía la palidez marmórea del tísico, ni la amarillenta del bilioso; era pálido como flor de

conservatorio, a fuerza del largo tiempo que pasó encerrado en oficinas y gabinetes.

—Es un buen mozo!—decían cerca de la casa del gobernador las mujeres.

Y, realmente, entre Necochea, adusto y marcial, Morán y Cavada encogidos, don Diego se veía un cumplido mozo. Colgaba su capa española a lo largo del cuerpo, dejando ver el frac correcto de la época con amplia vuelta en torno del cuello.

Después de un momento de conversación, preocupado por la instrucción de la tropa, avanzó hasta los árboles que encuadraban la plaza.—“Me parecen simples reclutas, co-

ronel", dijo a Necochea.—"Así es;—repuso éste—pero creo que es buena gente y se conducirá bien en las batallas."

Cuando don Diego volvía encontró en la puerta de su alojamiento a doña Bernarda, a Carmen, a Mercedes Mena su prima, a la familia Mira y a otras personas distinguidas del vecindario. Cuando, después de algunas presentaciones sus ojos se encontraron con los de Carmen, el Ministro se adelantó obsequioso.

—Si la señorita tiene buena memoria...

—¡Oh! ¿Si la tengo? Pero no teme usted que le eche en cara lo olvidadizo? Ya han pasado siete años. ¡Calcule usted cuánta agua habrá pasado por el estero!

—Realmente. Pero yo no me olvidé. Era entonces un tarambana.

—Y yo una aturrida.

—Yo he dejado de serlo ya.

—¡Pues yo no!—y la niña le hizo una graciosa reverencia que ruborizó al Ministro y se alejó. Pero luego, volviendo por una idea rápida que le había venido, agregó:

—Anoche he contado en casa que yo he recibido un ramo de rosas de don Diego Portales con unos versos... para mí... Dígalo usted si es cierto.

—¡Ciertísimo!—exclamó el Ministro—las rosas eran bonitas; los versos feos; la intención la mejor del mundo.

—Las rosas se marchitaron ese día; la intención al día siguiente...

—¿Y los versos?

—Esos los guardo.

—¿Me los dejará usted ver?

—Cuando sea usted Presidente o vuelva preso el mariscal Santa Cruz.

Todos celebraron el diálogo. Portales quedó pensativo y luego fué al jardín. Cuando iban a anunciar el almuerzo, el Ministro apareció de nuevo con un ramo de rosas y acercándose a doña Bernarda y sus acompañantes, dijo a Carmen:

—Esta vez son sin versos y delante de la mamá.

—Gracias. Creo que éstas van a durar más!—dijo Carmen.

—Y probablemente no le harán a Ud. refr.

—Y agregó—en voz más baja—rece usted por mí, que tiene una alma buena.

Carmen no pudo esta vez bromear. La voz triste del Ministro la hizo recordar la otra, la tierna, apasionada, entusiasta voz de antes y bajó los ojos.

Ministro fué con sus acompañantes al cuartel de Cazadores. Allí vió los caballos, apreció como buen chileno sus condiciones, dictó medidas para la disciplina y la preparación del viaje y continuó su visita a los demás cuarteles. A las 2 de la tarde, bajo un sol tibio, comenzaron a salir a la plaza algunas compañías del regimiento. Esta vez el vecindario, que dormía la siesta, se había desinteresado ya del espectáculo esperando su repetición mientras durara la visita del Ministro. En la puerta del cuartel de Cazadores un corneta ensayaba su lección ejecutando repetidas veces un toque largo y lastimero que probablemente era el de silencio. Durante media hora no lo turbaban sino esas notas desafinadas y chillonas y el ruido de las marchas y contramarchas de la tropa. Los soldados habían recibido cartuchos a bala, los oficiales parecían inquietos, el coronel Vidaurre que se detuvo un momento en la puerta del cuartel para hablar con el Ministro, salió también afuera y muy pronto le envió un ayudante a decirle que el regimiento estaba ya formado.

Tres costados de la plaza presentaban la doble línea de soldados vestidos de brin blanco con la hilera uniforme de bayonetas centelleantes al sol. El viejo estandarte al centro, las cajas batían una marcha acompañada, nadie movía un músculo. El Ministro apareció al frente en la ancha y vieja puerta del cuartel. Era el representante del poder civil de Chile, ante la expedición. Ese hombre joven, pálido, con su frac abotonado, su sombrero negro, que miraba fijamente el cuadro militar que había soñado y preparado con su genio organizador, estaba frente a su destino y no lo veía. En el centro de la plaza y en línea recta a la puerta del cuartel, diez pasos delante del cuerpo y ochenta a cien distante de Portales, el coronel Vidaurre, de gran parada, tenía desenvainada la espada en medio de sus ayudantes. El Ministro estaba al frente de su victimario; pero no lo sabía. ¿Lo temía acaso? ¿Porqué no vacilaba? Lentamente, con la cabeza erguida, los ojos claros penetrantes, comenzó a recorrer cada compañía, mirando fijamente a los soldados, deteniéndose un momento ante los oficiales.—"¡Capitán—Tiene usted una hermosa compañía!" observa frente a Arrizaga.—"A las órdenes del señor Ministro!"—exclamó éste. Continuó Portales avanzando...

Entre tanto, a la orden de Vidaurre las compañías revistadas marcharon por de-

Inmediatamente después del almuerzo el



Señorita Carmen, usted es una niña y yo un hombre

trás. El coronel no fué preciso en la orden, pues sin prevenir que pusieran armas al hombro, cuando estaban en descanso, mandó desfilar. Hubo desconcierto y cada soldado hizo como pudo para quedar en situación normal. En ese momento el corneta de Cazadores seguía imperturbablemente repitiendo sus toques.

En medio del movimiento de tropas, Necochea observó que estaban encerrados en un cuadro estrecho y llamó la atención del Ministro. Pero la voz de un capitán ordenó preparar armas y apuntar y, avanzando hacia el Ministro, dijo con voz fuerte:

—Dése usted preso, señor Ministro, pues así conviene a los intereses de la República.

Lo demás lo conoce la historia y lo cuenta en crónica exacta. En la tarde, el vecindario de Quillota supo que don Diego Por-

tales estaba preso. A las cinco de la tarde salieron en dirección a Valparaíso 300 soldados de infantería y 25 cazadores con carta para el coronel Boza, amigo, compañero y hasta compadre del conspirador.

Cuando en la mañana, salió el birlocho conduciendo al Ministro, escoltado por Florín, algunos cazadores y el resto de la tropa, Carmen Marín no pudo ver a su amigo; pero recordó sus palabras. Aún lucían frescas las rosas en el florero que estaba sobre su mesa.

—Anteñoche—decían todos—llegó el Ministro gobernando y hoy va prisionero!

Ni los amigos ni los deudos de Vidaurre ni los enemigos del Gobierno, dejaban de condenar la traición del amigo y protegido.

—Así es la política!—decían unos.

—Esa es la carrera militar!—repetían los más, convencidos entonces de que la espada

impone también la traición, después de tanto motín y revuelta.

+ +

Desde ese momento el pueblo que había sido centro de la revolución, quedó velando día y noche en espera de noticias. El drama se había desarrollado rápido y silencioso, delante de los ojos espantados del vecindario y era natural que todo él permaneciera con el oído atento hacia Valparaíso. A sus puertas debía representarse el último acto. Si el coronel Boza participaba siempre de sus ideas y de sus compromisos con Vidaurre, el Valdivia haría causa común con el Maipú. Ignoraban en Quillota que Boza había sido retirado de ese puesto y guardaba prudente reserva delante de su amigo y compañero de armas metido ya en el océano tormentoso del rebelde.

En las buenas casas, y en los fundos vecinos, la gente dormía por turnos dejando siempre a algunos de los deudos en la puerta embozados al calor del brasero y en espera de mensajes. Pero nada llegaba. Hacia Valparaíso, la noche, la obscuridad, el misterio!

Doña Bernarda tuvo sin embargo en la mañana del cinco de Junio la noticia de un soldado desertor del Maipú que se había fugado a caballo y arrojado en el camino el uniforme. Era un individuo del fundo y el mayordomo no perdió tiempo en venir sigilosamente a contarle las noticias. Parecía que los mensajeros mandados por Vidaurre a Valparaíso regresaban con malas noticias; la revolución no prendía en el puerto.—“¿Se habían olvidado—decía Carmen—que allí conocen a don Diego?”—Agregaba el desertor que las tropas de Valparaíso habían tomado posiciones en el Barón.

Estas noticias que fueron transmitiéndose de boca en boca a todo el pueblo bajo promesa de secreto, hicieron nacer fuertes angustias en los enemigos del Gobierno y alentaron mucho a sus partidarios. Carmen Marín, a pesar de los tristes presentimientos que habían hecho nacer en su alma las palabras de su amigo, estaba segura de verlo otra vez en Quillota.

Cerca de la noche, dos nuevos desertores llegaron al pueblo. Estos no sabían explicar nada; pero revelaban el más profundo terror. Cuando el Gobernador se preocupó de hacerlos buscar habían desaparecido sin dejar rastro. Desde la oración, de hora en

hora, algún galope resonaba en la calle y hacía salir a los vecinos en demanda de novedades.—“Se pelea desde Viña del Mar hasta el Barón”—era la respuesta.—“¿Y el Ministro?” Nadie sabía nada. Se suponía por algunos que regresaría escoltado a Quillota en caso de derrota de Vidaurre y el cura que era de esta opinión se preocupaba ya de preparar un plan de ataque contra los sublevados. A las tres de la mañana se sabía de un combate sostenido en que el éxito era dudoso para los amotinados. Desde ese momento, lo que parece inverosímil, comenzó a susurrarse que el Ministro no escaparía de la muerte. Sin embargo, Carmen Marín no supo una palabra de estas murmuraciones que tomaban cuerpo en la plaza.

Casi nadie dormía. Eran momentos de ansiedad y de dudas mortales. Se compadecía a Portales y a Vidaurre al mismo tiempo. No se sabía aún quién sería la víctima y el pueblo se inclinaba a lamentar la situación de ambos. Pero, a eso de las cuatro y media, muy oscuro el cielo todavía, ruido de galopes turbó la aldea. Primero pasaron dos soldados sin detenerse. El vecindario estaba casi todo acumulado en la plaza; se hablaba, se interrogaba; los hombres iban envueltos en sus ponchos de castilla y las mujeres en grandes pañuelos de rebozo; había algunas señoras que rezaban el rosario en voz alta. A cada instante se avisaba o se escuchaba el paso de nuevos soldados. Un individuo que pareció a todos un oficial, cubierto con una manta listada y sin sombrero, montado en un caballo oscuro que parecía venir de refresco, se detuvo en la puerta del gobernador y gritó con voz ententórea:—“¡El Ministro fusilado!” Luego apretó espuelas al caballo y siguió a galope tendido como en dirección a Santiago.

Carmen Marín había oído como todos. Se acercó temblando a su madre, se apoyó en ella, acercó su rostro quemante por las lágrimas a las mejillas de doña Bernarda y con la voz entrecortada por los sollozos le dijo:—“Recemos la letanía de la buena muerte, madre. Seguramente lo han fusilado.” Y a esa hora mientras los revolucionarios volvían la espalda a Valparaíso, el cadáver del Ministro, de cara al cielo, yacía tendido en su sangre. Todo el mundo se arremolinaba frente a la casa de Morán. Este había recibido más noticias. Vidaurre estaba derrotado. Del Ministro no se sabía nada.

Y así llegó la madrugada, pasando los es-

píritus por las alternativas de las noticias. Nadie tenía dudas del aborto del movimiento; pero sobre la vida de Portales se abrigan esperanzas. A medio día se conocieron los detalles: el Ministro de la Guerra había sido fusilado en el Barón, junto con Cavada.

Durante todo el día pasaron desertores por el camino y cerca de las tres de la tarde se escuchó un breve tiroteo cerca de Quillota. Grupos de infantes del Maipú pasaron por el pueblo con marcha veloz en completo desorden; iban heridos, cubiertos de polvo y no se detenían. Un cuarto de hora más tarde se escuchó un toque de clarines y a lo lejos, bajo el sol radiante, apareció la caballería de Valparaíso con las lanzas en ristre. Los oficiales, a pesar del ardor de la persecución, habían tenido tiempo de colocarse un trapo negro al brazo en señal de duelo.



Se supo en Quillota que el día 5 de Julio habían partido de Valparaíso, en dirección a la capital, los fúnebres despojos del Ministro. El pueblo entero preparó el homenaje más conmovido y sincero a esta figura que crecía en el afecto nacional con la aureola del martirio. Se anunció que, cerca del medio día, se acercaría a la ciudad el cortejo salido de la plazuela de la Merced de Valparaíso, después de las honras religiosas celebradas por el descanso de su alma. En caballos, carretas, birlochos, a pie, cada cual según sus medios, el vecindario salió de la ciudad para ver pasar la procesión que iría a pernoctar más al sur en viaje a Santiago. Era pintoresco el espectáculo de la muchedumbre acampada a orillas del camino real, con servicios de mensajeros apostados a cierta distancia para conocer con exactitud la hora del tránsito. Se trataba de una solemne apoteosis, iniciada con las ceremonias de Valparaíso, la extracción del corazón del gran ciudadano y la solemne despedida del cortejo, al salir de la ciudad, prolongada a lo largo del valle central de pueblo en pueblo, de aclamación en aclamación, de iglesia en iglesia, hasta la entrada a la capital el día 13 en medio del pueblo, del ejército, del clero, de las corporaciones civiles, del Gobierno.

Estaba alto ya el sol, cuando las campanas de una capilla, situada en el caserío vecino a Quillota comenzaron a doblar. Muy pronto se escuchó en el silencio del campo el lúgubre són de las cajas militares. Destellaron a lo lejos las lanzas de los bati-

dores y un grupo compacto, lento, fué marcando paso a paso sus formas. Interrumpido por las ondulaciones del terreno, por las cercas y matorrales de ambos lados del camino, presentando a veces la sola mancha de frente, y otras, una faja obscura y movable del costado, según el curso de aquél, el cortejo se iba aproximando en solemne formación. Luego la banda militar hizo escuchar los acordes de una marcha acompañada y pudo oírse el ruido sordo de la cureña, al pasar sobre los guijarros. Desgarrador y al mismo tiempo majestuoso, este cuadro del duelo y de la justicia postrera sobre un gran chileno, se desarrollaba al traves de los campos sembrando en todas partes un germen de respeto a la autoridad civil y un sentimiento de nacionalidad avanzada.

Al acercarse a la ciudad los restos, el gobernador, el cura revestido con los ornamentos, avanzaron por el camino al encuentro del ataúd. Allí recitó éste sus preces, hizo los asperges rituales y se colocó al lado de la caja, donde el estandarte patrio cubría con la sombra de la inmortalidad los despojos del mandatario.

Los batidores abrieron sus caballos para despejar del camino al pueblo que se arremolinaba en desorden. Todo el mundo se descubrió y las mujeres rezaron en voz alta al ver la cureña arrastrada por los soldados. Más atrás, una nota tristísima debía conmover hondamente a los vecinos de Quillota: el birlocho del Ministro, enlutado, seguía con su caballo tirado de las bridas por un sargento. Después, dos compañías de los cívicos que heroicamente habían resistido las fuerzas de Vidaurre y una del Valdivia que se mantuvo fiel al Gobierno.

En los momentos en que la cureña iba a enfrentar el grupo de las señoras donde los hacendados y las familias aristocráticas se arrodillaban instintivamente, Carmen Marín avanzó con el ramo de rosas ya secas en las manos y doblando una rodilla lo colocó sobre el ataúd.

El cortejo siguió con la gente de a caballo que había ido engrosándolo y que formaba ya un regimiento de gallardos jinetes. Allí se agregaron otros y a las dos de la tarde se perdía en el horizonte la nube de polvo levantada.



Mientras se iniciaba el proceso de Vidaurre y sus cómplices, un hombre sufría en Chile torturas infinitas. El coronel Boza,



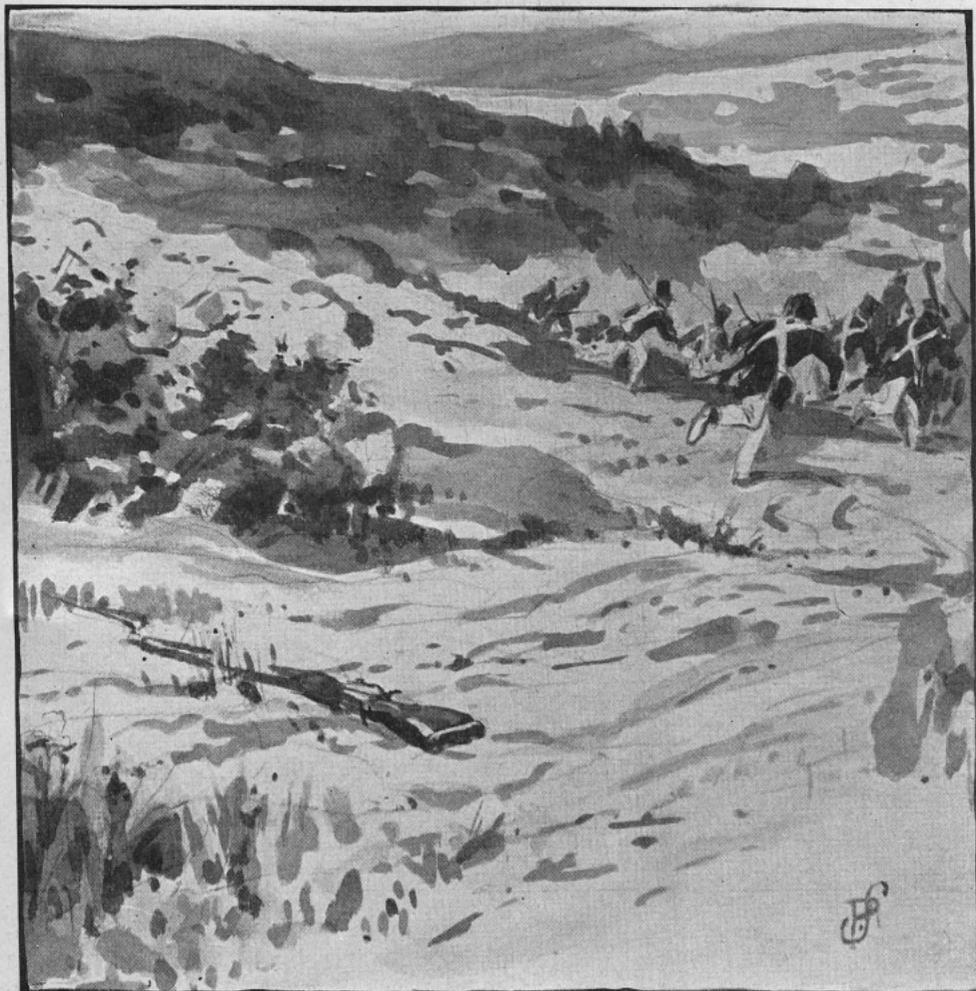
El cadaver del Ministro, de cara al cielo, yacía tendido...

que había sido comandante del Valdivia, hasta pocos días antes del motín de Quillota, estaba unido a Vidaurre por lazos de una gran amistad y compartía con él sus ideas, sus proyectos, sus esperanzas. Nunca se ha sabido cómo ni por qué fué separado del puesto en que debía secundar al comandante del Maipú; pudo ser causa la sospecha; pudo intervenir ese misterioso azar que desbarata ciegamente lo que los hombres combinan con trabajo. El hecho es que, mientras Vidaurre marchaba ciegamente al encuentro de su destino, Boza quedaba relegado a relativa obscuridad como jefe de los guardias cívicos del puerto.

La primera avanzada dirigida, después de la prisión del Ministro Portales hacia Val-

paraíso, llevaba una carta para Boza. ¿Llegó? ¿Se extravió en el combate? ¿Pasó a otras manos? En todo caso era tarde; ni Boza disponía del Valdivia ni, probablemente, en caso de disponer habría querido dirigir sus fuegos contra el Gobierno.

Eran los militares conspiradores las más complejas y románticas figuras que ofrecía la América del Sur. Dejemos a un lado los mestizos y mulatos, déspotas sanguinarios o ridículos mandones; los capitanes ambiciosos que seguían obsesivos por los planes de Bolívar; los dictadores que aspiraban a fundar con autoridad arbitraria una constitución de libertades; nos referimos solamente al jefe de regimiento, al autor de pronunciamientos, palabra castellana que



mientras los revolucionarios volvían la espalda a Valparaíso

han sacado de España todos los países para señalar este rápido golpe de armas que comienza en el rincón de una caserna y puede cambiar un gobierno. Son numerosos los que murieron por no delatar al amigo, por no dar luz alguna sobre los planes madurados. Tenían un código de honor especial, formado por monstruosas depresiones del sentido moral y por sublimes renunciaciones. Eran inteligentes, entusiastas, imaginativos, vivían sobre una inflamada concepción de ideales y quimeras, se creían obligados a poner su espada no al servicio del orden y de la autoridad, sino del principio que pugna desde abajo por imponerse. Los conspiradores estaban siempre con el débil contra el fuerte, con la minoría contra el Go-

bierno. Apenas triunfaban, ya volvían la espalda a la causa sostenida para prohijar lo que venía en seguida, como los tumbo que suceden a las olas en la incesante marea.

Carmen Marín había elevado, con el elocuente sentimiento de su juventud, un verdadero culto a Portales. Su madre, sus hermanos, sus primos, participaban por entero de este entusiasmo avasallador. Todo lo que publicaban los papeles, los editoriales oratorios de "El Mercurio", las notas solemnes de "El Araucano", los discursos, sermones, proclamas del ejército del sur, los acuerdos del Congreso, todo llegaba a casa de doña Bernarda antes que a parte alguna. Y allí se imponía del curso del proceso de Vidau-

re el gobernador mismo, y allá llegaban en busca de noticias los vecinos. La frase de Portales dicha a Carmen, vaticinando su destino, había corrido de boca en boca. Nada tenía pues que el pueblo, comenzara a llamarla "la novia del Ministro..."

Después de escribir una carta a su pariente, la viuda Torreblanca, el coronel Boza llegó a Quillota a ocupar la misma habitación que tenía Vidaurre. Venía el militar demacrado y enfermo. Enfermo del cuerpo y del alma—como decía su esposa.—Allí debió soportar día a día la conversación sobre los hechos presenciados por toda esa gente. Supo todo lo odioso y alevoso de las últimas escenas del motín. Se mostraba pensativo, caviloso y un día, después de oír a Carmen recitar inspirada los versos de la poetisa chilena, su parienta inmediata.

"Justicia eterna ¿cómo así permites que triunfe la maldad? ¿Así nos privas del tesoro precioso, en que libró su dicha y su reposo la patria, y así tornas ilusoria la esperanza halagüeña que un porvenir a Chile prometía de poderío, de grandeza y gloria?"

el antiguo conspirador se conmovió de tal manera que sus lágrimas estallaron. Esa misma noche el coronel se confió en doña Bernarda y le expuso la inquietud de su alma. A pesar de haber sido retirado del Valdivia, el coronel podía haber sublevado al cuerpo. En este caso Valparaíso no habría resistido al primer ataque del Maipú y probablemente el Ministro no habría alcanzado a ser inmolado en el Barón. Si, en cambio, hubiera dado aviso al Gobierno de la conspiración, pidiéndole anticipadamente el perdón de las víctimas, habría salvado la vida de Portales y también la de Vidaurre cuyo proceso se terminaba ya, pidiendo la pena de muerte. El cuadro de sangre que se ofrecía a su vista le parecía causado por su debilidad. Boza era hombre de corazón y no encontraba paz alguna para su existencia, después de los hechos dolorosos acaecidos entre Quillota y Valparaíso en pocas horas que le parecieron un siglo.

Pero faltaba a su expiación la más dolorosa parte. Fusilado Vidaurre, su cabeza fué llevada a Quillota. Alzóse en la plaza un poste con una pequeña plataforma en su extremo y al són de tambores, se colocó el sangriento despojo en ella, mientras se leía una proclama del general en jefe del ejército restaurador a los soldados que Vidaurre había seducido: "La cuchilla sangrienta de

la justicia ha descargado su terrible golpe sobre la cabeza del ex-coronel Vidaurre y siete más de sus principales cómplices en el motín del 3 de Junio... El primero, traicionando la confianza que el Gobierno depositó en sus manos y olvidando los inmensos beneficios con que le colmaba el Ministro de la Guerra, Portales, levantó el estandarte de la más negra rebelión..." El pueblo que asistía a este acto de terrible vindicta, se alejó en silencio.

Allí quedó, bajo la lluvia torrencial del invierno que había llegado tarde pero riguroso, la oprobiosa enseña de la justicia inexorable. Como estandarte de infamia y de vergüenza alumbró en las almas nobles pero extraviadas de los conspiradores, una nueva luz; los deberes de lealtad al Gobierno, la subordinación del ejército, el castigo del crimen político.

Boza erraba por los campos pensativo. A cada momento le parecía ver al amigo desgraciado que le reprochaba su abandono de última hora, su silencio, su debilidad. Vió desaparecer un día la cabeza de la picota, supo que un sargento la había encontrado entre unas matas de palqui comida de perros y abierto para ella una fosa con una cruz. No había otro símbolo que quisiera cubrir con el perdón estos pobres despojos profanados, que antes abrigaron ideas de ambición, planes de gobierno, cambios profundos en el país y ahora rodaban en la tierra maldecidos por los hombres. El coronel inclinó su alma ardiente a un exaltado misticismo. Una noche saltó los muros del cementerio de Quillota y, dirigiéndose, a la fosa donde quedaba la calavera del coronel Vidaurre, la sacó cuidadosamente y desde entonces la guardó con él.

SEGUNDA PARTE

Los años pasaron y la pobre y austera vida del país parecía recibir un soplo de renovación y de progreso. Era Santiago, a pesar de ser asiento del Gobierno, una simple capital de provincia, de área más extensa que la ciudad colonial; pero más polvorienta y abandonada. Aún se mantenía el carácter romántico y sentimental de las muchachas—relegado hoy día de las clases altas a otros intermedios—y parpadeaba sus últimos fulgores en el militar, esa llama entusiasta de la política que debía el mismo año



No es más ni menos que Fray Andrecito

—1851— tener dos estallidos, puede decirse los últimos en nuestra historia.

Era un medio día de Marzo. El duraznero acababa de pasar con sus árguenas repletas, llenando la solitaria calle con sus sonoros gritos. De la vecindad del Mapocho venían los rebuznos de las recuas de cargadores de piedra y arena para alguna obra de la ciudad. Y podría decirse que la capital de la República no daba otro signo de vida, porque enmudecían sus campanas, tan vocingleras por la mañana y por la tarde; no traficaba un solo coche y las carretas estaban detenidas en las posadas, para dar a carreteros y capataces, lugar y tiempo de dormir la siesta después de la comida.

Una señora, hermosa y bien formada, probablemente vecina a los cuarenta años, pero ciertamente pasada de los treinta y cinco, estaba entretenida en bordar una alfombra para arrodillarse en la iglesia, tras de la reja de la ventana, en su señorial y vetusta casa que miraba al tajar. Absorta durante mucho tiempo en su labor que consistía en recortar flores de lana de realce, sobre fondo negro, dejando redondeado sus bordes con gran prolijidad, había dejado de mirar hacia la vereda como era de costumbre. La Rosa chica, vieja sirviente de estatura monumental, que llevaba ese apodo porque en su infancia no se podía llamarla sin que apareciera su madre—que era

Rosa también—se había quedado embelesada en la labor de la señora, con las dos manos cruzadas sobre su abdómen prominente, e interrumpió el silencio, al ver al frente, arrimado a un álamo, un fraile en actitud estática:

—¿Ve la señorita ese religioso franciscano? Parece que estuviera esperando algo.

—No es ni más ni menos que Fray Andresito. ¡Qué ciega estás Rosa chica!

—Ahora se saca el sombrero y mira al cielo... ¿qué mirará?

—¡Y se santigua!

—¡Misericordia!

—¡Misericordia! —gritaron al mismo tiempo las dos mujeres, con palabras consagradas por la vieja tradición en Chile, cuando tiembla. Y en realidad temblaba porque vino un movimiento fuerte y después siguió un largo ruido y luego otro remezón que hizo salir a todo el mundo a la calle.

—Pero mire usted, señorita, exclamó la Rosa chica, mirando al lego que se alejaba. Bien dicen que es santo. A nosotros no nos cuentan cuentos, lo hemos visto.

—Así es, dijo la señora con sencillez. Es un santo. Y, como dicen que favorece especialmente a los que contribuyen al altar de una nueva santita, que es su patrona, yo le prometo una limosna si viene él mismo a buscarla. Tengo que saber algo que él solo me lo puede decir.

—Pues yo lo sé, señorita.

—¡Qué sabes tú!

—Digo; sé lo que su merced quiere saber.

—Ya lo creo. Eso te lo he dicho tanto. Si se habrá salvado el hombre que yo tanto quise.

Se trataba de Portales y la mujer era Carmen Marín. Muerta su madre, dueña de una fortuna, había rechazado un pretendiente. El culto al joven enigmático que apasionó sus quince años y que volvió más tarde a hablarle en víspera de su muerte, se mezclaba ahora a la inmortalidad de su fama. Habían cambiado en torno suyo las opiniones; después de la glorificación, la controversia; luego comenzaba una aurora tranquila de apoteosis histórica. Carmen no había cambiado. Si no fueran perecederas como nosotros, serían las mujeres los mejores pe-

destales para presentar a las generaciones futuras a los hombres de genio. Injustas y apasionadas a veces, comprenden al hombre como fué; no lo desfiguran, no lo analizan, no lo adulteran. Con los años, Carmen se había hecho religiosa. De la tragedia del Barón le quedaba la duda mortal de la católica sincera, ¿se habrá salvado?

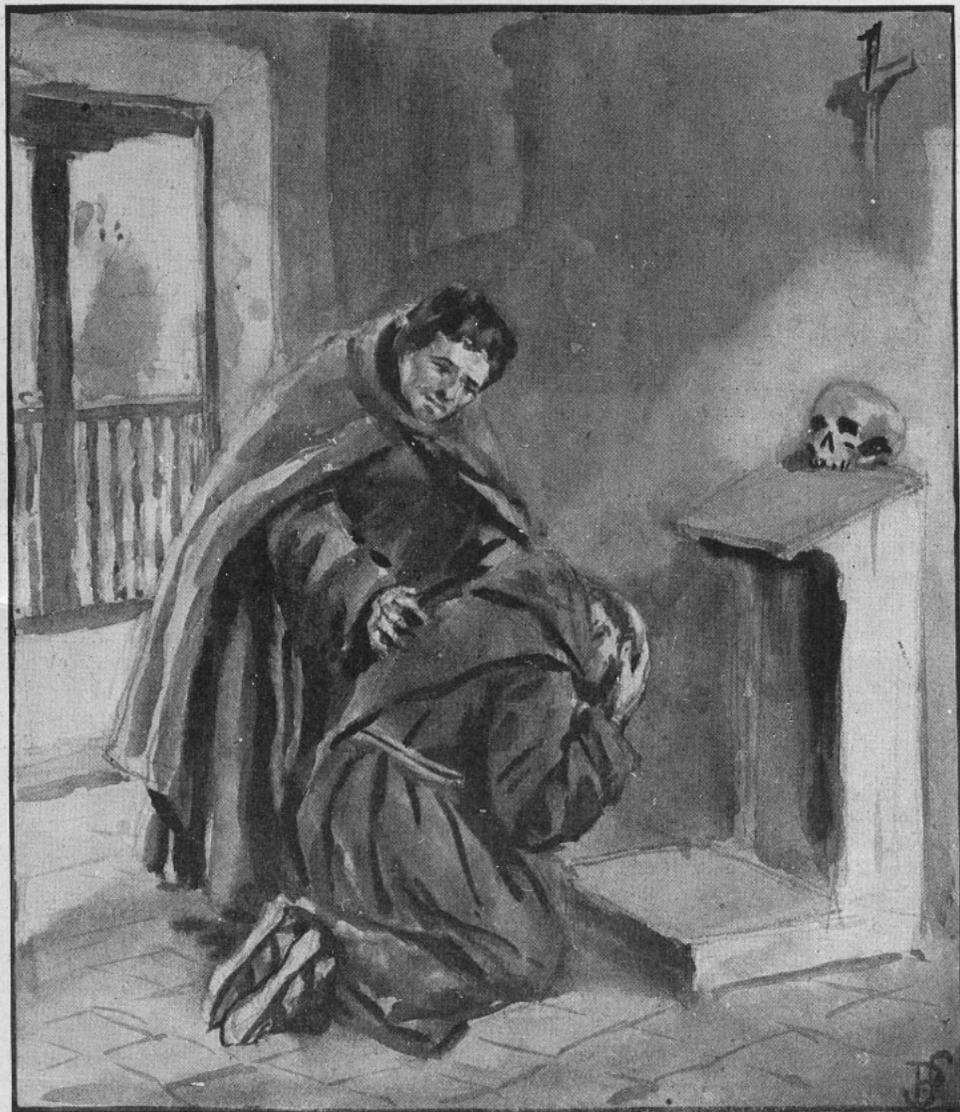
Mandas, oraciones, novenas, misas, sacrificios y limosnas, consultas con teólogos y hombres de ciencia, todo lo había agotado.

Después de esa extraña escena del lego franciscano, que había presentado el temblor, Carmen pensó hacerlo su agente de investigación. Para probar, según sus ideas, la eficacia de la virtud del santo lego, quería que llegara por sí solo.

Y fray Andresito llegó un día, y fué ésta una prueba para Carmen, capaz de soportar todas las objeciones. Sin embargo, algo humano habría también en este milagrito. La Rosa chica le había contado a una comadre, que su señora era caritativa y que seguramente daría muchas onzas para el altar de la santa protectora del lego, en caso de recibir su visita. Y la comadre lo contó a un comerciante de la plaza, el cual era muy admirador del popular hermano franciscano.

† †

Todo el mundo le conocía. Bajo, humilde, vestido con la sarga azul de los franciscanos chilenos, el último de los hijos del *Pobrecito de Assis*, vivía como él pobremente y pedía limosna por los caminos. Era de fisonomía ruda y vulgar; parecía uno de esos campesinos canarios o de Vigo que han llegado más tarde como inmigrantes al país. Tenía sonrisa simple, maneras comunes, ojos que manifestaban una gran ingenuidad. Sus manos eran de artesano, sus piés estaban llenos de tierra en las sandalias enlodadas. De calle en calle, de puerta en puerta, de baratillo en baratillo, iba saludando a una gran clientela que lo amaba sin que él se explicara el por qué, que le daba limosnas para el templo y, en especial, para el altar de una nueva santa cuyos restos se había extraído poco después de 1800, de la catacumba de Priscila, en Roma, y cuyo nombre llevaba: Filomeno. Sirviente pobrísimo de una patricia



Ese era mi amigo, mi compañero de armas, y hoy es mi remordimiento, mi acusador

romana o princesa griega—como cuenta la romántica leyenda de la santa—recorría una ciudad lejana y apartada de la tierra, despertando con la simplicidad de su lenguaje del pueblo, una devoción que consolaba a muchos y multiplicaba en las pilas bautismales de las parroquias de Santiago, el nombre de Filomena, **filia luminis**. Los comerciantes lo interesaban ocultamente en sus negocios difíciles y, cuando el lego se presentaba al umbral de la tienda, se estimaba su visita de buen agüero. De allí comenzó a surgir y a to-

mar cuerpo la idea de que el lego tenía el dón de adivinar los más íntimos pensamientos, y así cuando le decía a alguien: “tenga paciencia que le irá bien”, el cliente se retiraba confortado y seguro del éxito. Poco a poco cundió también la idea de que a la misma hora solía encontrarse a Fray Andresito en puntos apartados.

Pero su santidad no podía depender de estas ideas o conjeturas, sino de algo más poderoso y elocuente: de su infinita humildad, de su virtud reconocida, de su

amor a los pobres. Como los santos, era benévolo y dulce, no se dejaba arrastrar por la ira, aconsejaba a los errados, consolaba a los tristes, guiaba a la ovejita descarriada, y oraba con toda la fuerza de su alma cuando se encontraba a solas como en directa comunión con el cielo. Era entonces el único vínculo entre las más bajas y las más altas clases, tan separadas entonces: vínculo de amor y de piedad.

Tenía por los muertos ese culto popular que llega al corazón del hombre más duro cuando lo siente en propia carne. En los bolsillos de su hábito se le encontraban trozos de papel en que iba apuntando los fallecimientos que conocía por azar, en sus peregrinaciones al traves de la ciudad. En ellos podían leerse estas extrañas anotaciones: "Doña Micaela Baquedano. Otro hombre cigarrero, calle de la Merced, de postema. Un señor Cerda y Ossa, de Copiapó. Dos viniendo de California. Otro hombre que vino del Puerto a reconciliarse con la mujer y el señor Zilleruelo. El señor Cotapos. Una criada, calle de Huérfanos. Una vieja, calle de la Moneda. Otra pobre cayó muerta con la guitarra en la mano, calle de los Olivos. General Calderón y una vecina, de repente. A otro lo mató una carreta. Y otro hombre se botó al río. Una ahogada en una acequia. El 24, día de San Juan, se llevó el río porción".

Y por todos oraba igualmente el pobre lego, por la señora Baquedano, generosa benefactora, o por los dos desconocidos que venían de California; por el General o el rico comerciante, o por la criada vieja, o por la que murió con la guitarra en la mano, o por la ahogada en la acequia!

¿Qué de raro tenía que el pueblo lo interrogara sobre el destino de los deudos queridos? Cuando Carmen Marín lo vio entrar al zaguán de su casa, corrió a besarle el cordón del hábito, pero el lego la detuvo escandalizado. No olvidaba la señora la escena del temblor y tenía religioso respeto por el huésped. Lo acompañaba otro lego, flaco, pálido, que bajaba los ojos y no decía palabra.

¿Sabría algo Fray Andresito, de don Diego Portales? — "El señor Ministro—dijo—he oído tanto hablar.." Y se calló.

La dama no sabía cómo preguntar sin herir la modestia del pobre franciscano. Buscó las onzas y las entregó al limosnero, pidiéndole rezara sin descanso por el alma del infortunado mártir de Quillota.

—¿Lo conocía la señora?

—Lo conocí — dijo Carmen — y habló con rapidez, con intensa pasión, con elocuencia de fuego, del mártir de Quillota, de las vacilaciones de Vidaurre, de las últimas palabras de su prisionero...

—Confe en Dios, confe en Dios—repetía el lego, asombrado del colorido con que esa mujer hacía revivir la figura del gran ministro.

El acompañante había dejado de mirar al suelo, sus manos anudaban y desanudaban el cordón, palidecía aún más que de ordinario y sus ojos destelleaban, y, antes que la mano del santo lego hubiera tomado su brazo para arrastrarlo, exclamó con voz ronca:

—Era un santo. Fué un martirio. Yo fui uno de sus verdugos y talvez el peor de todos.

Las sandalias resonaron sobre los ladrillos polvorientos y mal cocidos; Carmen salió tras ellos para oír aún algo, pero ambos legos se alejaban hacia abajo y se perdían pronto de vista.

—¿Quién es? ¿Quién puede ser? ¡Ese sabe más que yo!

Y al volver a su habitación, sus ojos encontraron la miniatura de don Diego, joven de treinta años, pálido, de ojos serenos y brillantes, de finos y coloreados labios. Ese había sido el apasionado amante de sus quince años.



Fray Andresito lo sabía bien. Oyó decir alguna vez que su acompañante había sido militar en el mundo. Pero eso era todo el conocimiento de su historia. Al llegar la noche y cuando ya los frailes se habían recogido, el santo lego fué a invitarlo, como era su costumbre en las Semanas Santas de los años pasados, para que lo ayudara a rezar la vía crucis en torno del edificio en construcción, cargando cada uno con una pesada cruz de espino.

En la tenebrosa noche, bajo el fulgor de las estrellas, en medio del silencio de

la ciudad, temprano dormida, interrumpida solo por los lamentos de los perros, los dos limosneros iban rezando y azotándose. Probablemente pocas cuadras más lejos caía en esos momentos en la sombra, con un solo quejido, algún hombre, que al día siguiente pasaría a figurar en los apuntes de Fray Andresito: "Otro muerto de una puñalada en el Zanjón de la Aguada".

Cuando los legos volvían a sus celdas, el viejo pidió humildemente:

—Hermano, pase usted a mi celda que tengo que hablarle.

Sobre la mesa, una calavera fijaba su mueca horrible y misteriosa sobre los religiosos.

Ese era mi amigo, mi compañero de armas—dijo el anciano—y hoy es mi remordimiento, mi acusador.

Y contó, llorando, llorando con la amargura más desgarradora, la breve historia que ya conocen mis lectores. El conspirador de antaño, el hombre de honor, de ese extraño y peculiar honor de la época, llevaba todavía abierta la herida de las desgracias que él creía haber podido evitar. Don Ramón Boza había entrado al convento de simple lego, abandonando su mujer y sus hijos, para pasar cada noche largas horas de una autoacusación trágica y dantesca, delante de

la cabeza del compañero de su infancia, de su vida militar y de sus hechos de armas.

Era ya viejo, y antes de recibir las palabras de alentadora simplicidad que le dirigía el santo limosnero, su acompañante caía desmayado al suelo.

Pero, un mes después, el 20 de Abril, cuando su antiguo regimiento Valdivia se alineaba, sublevado, cerca del Cerro Santa Lucía, los religiosos lo vieron declarar a grito herido su grado militar. Sacó de un baúl el uniforme polvoriento y se ciñó la espada para ir a presentarse a los viejos soldados, como un renacido de las viejas campañas de revuelta, y llevarlos dóciles a las puertas de la Moneda. Porque el espectáculo del pasado había hecho al Coronel Boza, agente del orden y de la autoridad.

¡Oh falange de conspiradores de los primeros años de la República, románticos extraviados que jugabáis la vida a la puerta del cuartel, si volviérais a la tierra de Chile, iríais a prestar juramento al pie de la estatua de Portales!

Porque del sacrificio del **Ministro de frac y capa** en el Barón, viene en este suelo el imperio del gobierno civil sobre el sable!

JOAQUIN DIAZ GARCES.

